

—Alma sencilla, que no has sabido más que amar y sufrir, tienes razón quizás—pensó Jaime Fugeret.—Yo no tengo tanto valor. Quiero vivir y no morir lentamente de miseria y de privaciones. ¡Y viviré!

Jaime Fugeret extendió los brazos, y con los puños pareció desafiar el invencible destino, que se cernía desde hacía un siglo sobre los habitantes de aquella humilde choza, en la cual su madre se acababa poco á poco.

Absorto en sus pensamientos, no oyó el ruido de la barrera que se abría sobre el camino. Cuando se volvió, un hombre se hallaba de pie á su lado.

—¡Jesús!—exclamó Jaime Fugeret, adelantándose hacia el recién llegado.

—Sí, yo—dijo el otro,—y muy satisfecho por encontrarte aquí.

—Habla bajo—le dijo Jaime, señalándole el lecho.—Mi madre está ahí.

—¿Duerme?

—Sí, y muy pronto no se despertará más... Salgamos.

#### IV

#### Jesús Piriac.

La impresión que el recién llegado causaba á primera vista era la de uno de esos hombres á quienes no gustaría á nadie encontrar de noche en un camino.

Debía tener próximamente unos veinticuatro años; es decir, que debía tener unos cuantos años más que Jaime Fugeret.

Su manera de vestir indicaba una gran mi-

seria; se veía en él al holgazán, al vagabundo que ha conocido épocas mejores y que ha vivido con cierta elegancia.

La chaqueta habia salido de una buena casa. El paño azul, muy fino, pero muy usado, habia perdido casi el color; el corte anunciaba un sastre esperto. Lo demás del vestido era malo: estaba desfilachado, remendado y sucio.

La camisa, casi invisible, tenía un color oscuro, mucho tiempo debía hacer que echaba de menos el jabón; la corbata arrollada como una cuerda alrededor del cuello, no tenía color definible y los zapatos parecían haber recibido infinidad de cuchilladas.

El conjunto era detestable.

Y sin embargo, á pesar de todo, si se hacía caso omiso del vestido, el tal Jesús Piriac, á pesar de la mala opinión que de él tenía el buen cura de Saint-Jean du Desert, no era ni antipático, ni repulsivo.

Al contrario.

Mirándole detenidamente, se sentía uno lleno de piedad por aquel desgraciado, aquel pobre muchacho que paseaba la miseria con una resignación filosófica.

Tenía los ojos muy hermosos, rojos los cabellos y la cara afeitada completamente.

La frente altiva y se leía en ella gran inteligencia, la boca era pequeña y la nariz, aunque corta, afilada.

Jaime Fugeret llevó á su amigo hacia el camino plantado de árboles que habia delante de la casa.

Los dos pobres diablos eran amigos desde hacía mucho tiempo.

Jesús Piriac era hijo de un leñador de Plé-

lan y había sido educado por caridad, lo mismo que Jaime Fugeret.

La pobreza era el lazo que les unía.

Cuando Piriac salió del seminario, arrastrado por su amor á la holganza, sus maestros profetizaron lo siguiente:

—Lo mismo ha de hacer Jaime Fugeret.

Su pronóstico se había realizado.

—¿De modo que estás por estos mundos?— preguntó Fugeret á su amigo.

—Ya lo ves.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas.

—¿Y no has venido hasta ahora á los Esarts?

—No, he estado con mi tía, que vive en Elven, y que, como sabes, era hermana de mi pobre madre.

—¿Se decía, que no estaba mal de perras?— observó Fugeret.

—Sí, tiene lo más que puede llegarse á tener en Bretaña.

—¿Cómo está?

—Muy bien, nada la duele ya. Ha muerto.

—¡Bah!

—Hace cuatro días. La pobre anciana me lo ha dejado todo. Acabo de enterrarla y de liquidar la situación. ¡Después de pagarlo todo, los alquileres al fisco, me ha quedado la excelente suma de ciento setenta y dos francos y medio!

—Bonita suma, no tendré yo nunca otro tanto. ¿Y tu padre?

—El pobre hombre va saliendo del paso lo mejor que puede. Tampoco es millonario, pero no se queja. Es económico como una hormiga y duro como una roca. Irá tirando hasta que

no pueda más.. Hasta entonces trabajará como un burro. ¡Ah! amigo mio, nuestros padres son de una pasta muy distinta á la nuestra.

Y al decir esto colocó su mano derecha sobre el hombro de Fugeret.

—Supongo que tú no serás tan loco como yo y que seguirás el camino, á cuyo extremo encontrarás asegurado un pedazo de pan.

Jaime Fugeret se cruzó de brazos y dijo resueltamente:

—El consejo llega tarde. He tomado ya una resolución. He cortado por lo sano. He quemado las naves...

—¿Renuncias...?

—He hecho lo mismo que tú hiciste.

—¿No seguirás los consejos del buen padre Aselin?

—Nunca he pensado seguirlos, y hoy ménos que nunca.

—¿Es quizás porque no sabes lo que te espera?

—Estoy dispuesto á todo.

Jesús Piriac tocó á su amigo en el hombro.

—Mírame—le dijo.

—Ya te veo.

—Hace tres años y medio que me marché del país.

—Me acuerdo perfectamente.

—He estudiado bastante. Estoy inflado de latín y de griego. Me dije que podía colocarme en cualquier parte y que no me costaría gran trabajo ganarme la vida, ya sabes que no soy ambicioso, con poco tengo bastante, pero...

—¡Demonio! creo que no es difícil...

—Vas á ver. He tenido primeramente que ir al servicio... Salí de aquí y me incorporaron

á un regimiento de línea. La disciplina no es mi fuerte... Con una conducta regular hubiera podido llegar á ser clase y después Dios sabe... Cuando se emprende un camino nadie sabe donde puede ir á parar. Tenía, por el contrario, mala fama... No pasé de soldado raso, y sufriendo horriblemente á cada castigo que se me imponía... Tenía grandes deseos de coger la licencia....

—Me has escrito todo eso muchas veces.

—¿Con qué poca cordura he obrado! Yo no he sido ni soy cobarde; pero cuando acabé el servicio, tuve que escapar, corrido, sin saber adonde dirigirme. Me puse á buscar un empleo cualquiera que me diera los medios necesarios para no morirme de hambre. ¡Ah, amigo mío! ¡qué calvario! ¡qué martirio! ¡no tienen nombre semejantes sufrimientos! Después de recorrer París cien veces en todos sentidos durante seis semanas, viviendo no sé cómo ni con qué, tuve la suerte de encontrarme con uno de mis antiguos compañeros de regimiento que me ofreció colocarme á su servicio.

—¿Dices?...—preguntó Fugeret muy extrañado.

El otro contestó con toda tranquilidad:

—Que me propuso ser criado suyo, su ayuda de cámara, su ordenanza civil, si te suena mejor...

—¿Y tú has aceptado?

—En seguida.

—¿Tan mal andabas?

—No me quedaba más recurso que tirarme al Sena ó debajo de las ruedas de un tren en marcha...

—¿No es posible! ¡Parece increíble!...

—Pues no lo es... Ya ves que sirve de poco el pasar ocho ó diez años desgastando los bancos de una clase. Ya sabes que yo he estudiado con aplicación y aprovechamiento...

—Sí.

—¿Lo mismo que tú, amigo mío! ¡Y no he podido encontrar ocupación! De escribiente no me querían, porque la letra que tengo es poco cursiva; como dependiente de comercio tampoco, porque se necesita empezar de joven para acostumbrarse al trato de los parroquianos y á conocer los géneros, cosas ambas que no se aprenden sino á fuerza de tiempo. Además, como hay tantos que solicitan estos puestos, eligen los que más convienen. En todas partes donde me presentaba, me contestaban con la consabida frase: «No hay nada». Ya te vencerás por tí mismo; lo has de oír más de mil veces. ¡Sería, quizá, por mi semblante, que no agradara! ¡Sin embargo, creo que no soy tan mal fachado! Así es que, con el estómago vacío, no atreviéndome á pedir á mi pobre padre, ni á mi tía, á quien yo creía avara, y que no era en realidad mucho más rica que nosotros, en un momento en que tenía necesidad verdadera de comer, acepté el ofrecimiento del señor barón.

—¿Es un barón?

—Con un nombre muy pomposo. Saint-Aubin-Deschaumes, originario de Auvernia, atraído también á París con el deseo de brillar y divertirse...

—¿Y le has abandonado?

—No por gusto mío, por fuerza. Nuestros esplendores han durado poco; poseía en la Creuse unas tierras que valían unos doscientos

ó trescientos mil francos. En menos tiempo que hace falta para decirlo, se fueron como el humo. Tan pronto se acabó todo, que el barón tuvo que vender sus muebles, sus coches y caballos, y despedir á todos los criados, incluso á este tu amigo. Y con todo y con eso, quedó lleno de deudas, algunas de honor;—ya se sabe lo que esto quiere decir.—Su padre, hombre antiguo, de los de pura raza, que ha querido pagar las deudas de su hijo, se ha quedado casi arruinado. Ha sido para el desgraciado anciano un verdadero desastre. El barón trata de ponerse á flote... ¿Lo logrará?... Quizás. Es un muchacho elegante, listo y con una voluntad de acero... Lo único que le faltaba cuando yo le conocí, era la experiencia. Hoy ya la tiene. Mientras que logra algo, estoy de vacaciones. Mi tía Ursula me llamó y vine á toda prisa, gracias á algunas monedas que me dió el barón, y de las cuales en este momento no me queda más que el recuerdo. La herencia de mi tía ha llenado el vacío. Por ahora estoy ayudando á mi padre á comer lo que gana; porque te advierto que es la bondad personificada.

Piriac concluyó diciendo:

—Esta es, en muy pocas palabras, mi historia; ya ves que no es muy grata. ¿Vas á imitarme tú?

—Pueden seguirse otros caminos...

—¿Lo crees así?

—Por lo menos lo intentaré.

—Querido amigo—dijo Piriac sacando del bolsillo del chaleco una colilla de puro y encendiendo una cerilla,—¿quieres indicarme qué planes tienes para el porvenir?...

—Pero...

—¿Tus proyectos, tus miras?...

—¿Caramba!...

—¿Qué edad tienes?

—Veinte años menos un mes.

—¿De modo que el año que viene tienes que entrar en el ejército?

—Entraré.

—Perderás unos cuantos años.

—¿Puesto que no hay más remedio!...

—Y hasta entonces no hay medio de intentar nada... ¿Además para que puedes servir tú?... Para nada, como todos cuantos salen de las aulas...

—Es una suerte común.

—No es cierto, porque la mayoría tienen padres que les ayudan, que sufragan las primeras necesidades, que les dan dinero para poder esperar... mientras que tú...

—Yo no tengo nada.

Jaime Fugeret pronunció con rabia estas palabras. La historia de su amigo le impresionaba más que las palabras que le había dirigido el cura Aselin.

Veía ante él un abismo y se preguntaba si tendría el valor de franquearlo.

El recuerdo de la señorita de Arvil, que se había borrado por un momento de su mente, por la presencia de su amigo, volvió á surgir de repente.

Sus rasgos tomaron una expresión de una voluntad resuelta que chocó á su amigo.

Piriac le preguntó:

—¿No titubeas?

Fugeret le contestó como había contestado al abate Aselin y Brígida,

—Quiero gozar de mi parte en los placeres, de la fortuna y del sol; y lo lograré.

—Hablas como mi barón. ¡En seis meses se ha quedado más limpio!

—¡Porque era un necio!

—No lo creas.

—¡Le faltaría energía!

—Tampoco.

—Lo que se desea se tiene.

—Segun.

Jaime Fugeret cogió á su amigo del brazo.

—Te digo que se tiene lo que se desea, cuando uno se decide á todo.

—¡Bah!

—Sí no se retrocede ante nada.

—¿Dices?

—Ante nada.

—¡Diablo!

—Ni ante un crimen—añadió Jaime Fugeret con trágica voz.

Piriac soltó una carcajada.

En aquella risa iba envuelta la ironía con la compasión.

—Ya se vé amigo mío, que no has salido nunca del pueblo.

Jaime Fugeret se mordió los labios.

Tenía un deseo loco de hacerse un título de gloria, del acto infame que acababa de cometer.

Su secreto le ahogaba.

Sin embargo, se contuvo.

Piriac añadió con desdeñosa entonación.

—¡Los crímenes, los crímenes no los comete todo el que quiere! Los hay que solo dan por resultado el presidio ó el cadalso, y eso es poco práctico. Mi honrado amo.

—¿El barón Saint Aubín?

—Deschaumes, perfectamente... no desearía más que deberles la opulencia, por la que suspira, como un condenado á muerte por el indulto... Es un hombre sin escrúpulos, que no sabe en que parte de nuestro ser se aloja esa cosa tan insignificante que se llama conciencia, no retrocedería ante un crimen con tal de obtener riquezas. ¡Los crímenes! los que se enriquecen con ellos son muy raros. Es preciso tener imaginación para concebirllos, audacia para ejecutarlos, y buen olfato para elegir la ocasión..:

Jaime Fugeret le interrumpió.

—¿Tú te hubieras valido de uno para...?

—No—dijo sencillamente Jesús Piriac.— Soy un muchacho pacífico, no quiero vivir en la piel de un bandido.

Y decía la verdad.

—Y sin embargo—añadió,—he conocido horas en que hubiera bendecido al jefe de los bandidos que me hubiese ofrecido veinticinco luises, por entrar á formar parte de su cuadrilla. Tú no sabes lo que es el rodar por el mundo, sin encontrar un albergue, sin tener un pedazo de pan que llevarse á la boca. La miseria es una mala consejera. Quizás llegues á saberlo algún día á costa de sufrimientos.

—¿Sabes que es muy poco agradable cuando me dices?

—Indudablemente, pero por desgracia es verdad, mi querido Jaime.

En la voz de Jesús Piriac se retrataba la melancolía.

El pobre muchacho habia sido uno de los mejores alumnos de su clase; á los dieciocho

años se había evadido de las cuatro paredes entre las cuales le faltaba el aire, para correr por el mundo con la cabeza llena de ilusiones y quimeras.

Era de aquellos á quienes les persigue una sombra negra y que no llegan á ser nada, no por falta de talento y condiciones, sino por desgracia.

Después de cuatro ó cinco años de aventuras, volvía á su país como el día en que le había abandonado, descorazonado, conociendo á fondo la corrupción, en la que había vivido y que bulle alrededor de los nobles de aquel bosque de Bondy, que se llama el boulevard.

De repente se animó.

—¿Quieres que te sea franco?—le dijo—He sentido mucho mi calaverada, el camino que he abandonado y la existencia que tenía al final... Pero hablemos de ti... ¿Qué vas á hacer?

Jaime Fugeret hizo un gesto de incertidumbre.

—No lo sé... Aquí no hay sitio para nosotros.

—Tienes razón... Con un oficio se vive muy difícilmente... El hacha, la azuela ó el cepillo sostienen con dificultad á un hombre; con la pluma no se gana grán cosa tampoco... En una palabra, tú irás á París.

—Lo mismo me da París que otro cualquier sitio.

—¿Es que á ti indudablemente te gusta París?

—No lo conozco.

—Mejor para ti... Yo, que empiezo ahora á conocerlo, le odio. Figúrate un campo de batalla sobre el cual raramente muere uno, pero

donde los débiles son pisoteados y aplastados por los fuertes. Figúrate una infinidad de personas que apenas se conocen y que se lo disputan todo, dinero, honores, alegrías; una ciudad en la cual la más increíble opulencia brilla al lado de la más espantosa de las miserias. Figúrate un conjunto de todas las bellezas y de todas las fealdades, de todas las maravillas de las artes, de los monumentos más perfectos, de las habitaciones más suntuosas, de los garitos más repugnantes, de las pobreza más lamentables y de los más penosos dolores; en una palabra, en fin, de todas las glorias, de todas las riquezas, de todas las miserias...

Piriac concluyó:

—Y por desgracia, querido mío, tenemos más probabilidades de ir á parar entre los derrotados que entre los victoriosos, entre los miserables que entre los favorecidos por la ciega fortuna. Te aseguro que si no retrocedes, tu pecho debe estar protegido con una triple coraza.

Jaime le escuchaba distraidamente.

—¿Cuándo te marchas?—le preguntó.

—Lo antes posible... Y te aseguro que es muy triste. Después que te hayas envenenado seis semanas con el aire de allí, creo que serás de mi opinión.

—¿Y después?—preguntó de nuevo Fugeret.

—Después... ya veré. Volveré á empezar mis correrías en busca de una posición social... Sin la herencia de mi tía Ursula, me hubiera visto obligado á volver á París en las suelas de mis zapatos... Pero me voy á permitir el lujo de ir en tren... Es una satisfacción.